

AC 12 97

Y ahora, el curso de acceso. Escuchan las emisiones de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. A partir de ahora, da comienzo el curso de acceso para mayores de 25 años.

Buenas noches. Nuestro tiempo de acceso va a estar hoy ocupado por un aula abierta de introducción a las humanidades que ha preparado Gloria Toranzo Fernández sobre el lenguaje coloquial como reflejo de una cultura. ¿Qué diferencia encuentras entre el lenguaje hablado y el escrito? La literatura y la lengua hablada utilizan aparentemente el mismo lenguaje y así los sonidos son iguales y también son iguales los giros sintácticos, el vocabulario, etcétera.

Sin embargo, el lenguaje escrito, aunque el mismo autor no lo quiera, hace una criba, una selección, en la que se evitan, por supuesto de una manera inconsciente, pero se evitan giros, vocablos, expresiones comunes que aparecen en el lenguaje coloquial. Muy diferente es el lenguaje que utilizamos habitualmente, por ejemplo, en nuestras relaciones familiares o con los amigos y conocidos en la calle, en el trabajo, en unos almacenes. El divorcio, la separación entre un lenguaje y otro, no es siempre del mismo signo a lo largo de los tiempos.

Se acentúa o, al revés, se atenúa según las diferentes épocas culturales. Efectivamente, hay épocas en que el lenguaje literario tiene un mayor prestigio y se despegas del estilo coloquial. Es más, el lenguaje literario, el lenguaje selecto, tira hacia arriba del tono medio predominante en el lenguaje coloquial, de tal modo que éste se hace más cuidado.

Quizá para que se comprendiera mejor sería bueno que pusiéramos un ejemplo de todo esto que estás diciendo, ¿no te parece? Sí, podemos poner un ejemplo de nuestros siglos de oro, en los que se llega a límites ridículos, como el que citamos a continuación, y que se debe a nuestro gran querido. Se titula Receta para hacer soledades en un día. Quien quisiera ser culto en sólo un día, la jeria prenderá gonza siguiente.

Fulgores, arrogar, joven presiente. Candor construye, métrica armonía. Poco, mucho, si no, purpuracía.

Neutralidad, conculca, erige, mente. Pulsa, ostenta, liberar, adolescente. Señas, traslada, pira, frustra, arpía.

Cede, impide, cisura, espetulante. Palestra, aliba, meta, argento, alterna, si bien disuelve, émulo, canoro. Use mucho de líquido y de errante.

Un poco de nocturno y de caverna. Anden listos, libor, adunco y poro. Que ya toda Castilla, con sola esta cartilla, se abrasa de poetas babilones, escribiendo sonetos confusiones.

Y en la mancha, pastores y gañanes, atestadas de ajos las barrigas, hacen ya cultedades como migas. Se trata de una época en la que la gente, de arriba o de abajo, se precia de culta y paga a cualquier precio el parecerlo, el parecer culta. Por el contrario, hay otros momentos históricos

en los que gusta el desaliño, ese desaliño propio del lenguaje coloquial, y a éste se acerca el estilo literario.

En tal caso, el lenguaje coloquial se embelece con la aprobación del estilo literario que, en un deseo de realismo, utiliza como propias frases populares, giros y hasta expresiones malsonantes. Así, el lenguaje literario, en vez de servir de freno a la evolución y a la corrección lingüística, es un catalizador en el movimiento descendente y empobrecedor de la lengua. Entonces, ¿qué más podrías decir del lenguaje coloquial? Bueno, a lo largo de este programa vamos a remitirnos a una verdadera autoridad en lo relativo al lenguaje coloquial, concretamente al lenguaje coloquial español.

Nos estamos refiriendo a Ben Howard, filólogo alemán que murió en enero de 1983 y que, en palabras de nuestro La Pesa, es más que extranjero, parecía super hispano. Dice Ben Howard. Entiendo por lenguaje coloquial el habla tal como brota natural y espontánea en la conversación diaria.

La misma definición encierra todas las dificultades con las que nos encontramos al intentar estudiar este tipo de lengua, porque en todos los tratados de lengua hablada se trabaja sobre una lengua recogida, o bien en una grabación o en escritos. En cualquiera de estos casos ya no se trata de la verdadera lengua hablada, natural y espontánea, como dice Ben Howard. Las muestras sobre las que trabajamos, qué duda cabe de que están alejadas de la palabra coloquial, del lenguaje coloquial, que es fugaz y que se niega a dejarse aprender.

A mí ahora se me ocurre preguntar si los diálogos teatrales, ya que son lengua hablada, se pueden considerar lenguaje coloquial. En sentido estricto no. En sentido estricto no son la lengua hablada.

Por muy popular que una obra de teatro pretenda ser, obedece siempre a una serie de necesidades, por ejemplo de estructura, de valores estéticos, de valores técnicos, que obligan al autor a manipular esos útiles, de manera que además de rasgos coloquiales hay en esa determinada obra teatral de que se trate otros elementos que son literarios, no son coloquiales. El mismo hecho se constata con mayor intensidad en la novela, en la que el escritor intenta acercarnos a los personajes del pueblo por medio de su lengua propia, de su lengua coloquial. Vorel asegura que es muy bajo el porcentaje de verdadero y real lenguaje coloquial que se encuentra en un tipo de obras como el que hemos citado.

Pero tampoco nos podemos preocupar demasiado por esta oposición lengua hablada, lengua escrita. Y yendo a la actualidad, que es lo que me interesa, ¿qué momento atraviesa la lengua hablada? En el momento actual de nuestra vieja cultura europea ha ganado la batalla la lengua hablada en un sentido amplio. Bien es verdad que al hablar nos sentimos influidos por una serie de factores, unos factores que son internos, otros que son externos, y que vamos a analizar muy someramente, muy brevemente.

Hay un clima psíquico que está ahí, antes de que haya lenguaje, y que es el que me determina a

elegir unas modalidades lingüísticas concretas. Este clima está deformado por una cultura, por unos hábitos que se van adquiriendo año tras año, pero también influyen en él factores externos, extralingüísticos, como puede ser por ejemplo, un estado de ánimo. La prisa, pasión, sosiego, influyen sin duda alguna.

Influyen también las personas que el hablante tiene delante de sí. Debemos adaptarnos a estas personas y a unas situaciones determinadas. Por ejemplo, no se habla lo mismo con la mujer y los hijos como se habla en público, en una cátedra, por ejemplo.

De la misma manera que yo no hablo hoy delante de ustedes, por medio de las ondas hercianas, con el mismo talante, con la misma espontaneidad, que yo tendría si tuviese ante mí a 20 o 30 alumnos a los que podría ver y escuchar sus reacciones. Hablando Boréll de este tema, dice que también hay distintas maneras de comer pollo, o distintas maneras de andar. Incluso en esta última parte del siglo XX, en la que nos adaptamos de ser auténticos y pasamos de la gente, todo hablante, consciente o inconscientemente, es determinado a elegir un lenguaje, más o menos coloquial, y siempre estos son causas extralingüísticas.

La aparición de la lengua coloquial o de la lengua culta no es más que un caso particular de comportamiento, de adaptación a unas circunstancias determinadas, a unas circunstancias dadas, y es que el hombre no vive a solas consigo mismo. El lenguaje es uno de los productos más representativos del instinto de sociabilidad. También es verdad que hay unas tendencias individuales fuertes, y aquí está precisamente el nudo de la cuestión.

El difícil equilibrio entre estas dos tensiones, el individualismo y la presión de la colectividad. Más adelante volveremos a hablar del carácter social de la lengua. Ahora enumeraremos algunas de las características del lenguaje coloquial.

¿Cómo se puede reconocer o clasificar un lenguaje coloquial? ¿Qué características tiene? Si en primer lugar decimos que el lenguaje coloquial es diametralmente distinto según la cultura de los hablantes, según su temperamento, su idiosincrasia, por eso nos vamos a referir ahora exclusivamente al español. No intentamos hacer una exposición puramente científica, sino que intentamos hacer que el alumno tenga unos datos por lo que él mismo pueda descubrir al sujeto de ese lenguaje coloquial. Las miras, más que puramente gramaticales, serán, en este guión que estamos desarrollando, de tipo psicológico y sociológico.

Y esto es así porque, como el mismo Beinhawer afirma, el encasillado, dice literalmente, el encasillado no sirve para penetrar en la sustancia íntima de un idioma que no se deja aprisionar por un sistema rígido. El tema es complejo, como complejísimo es este tesoro del habla diaria, de esa lengua hablada por el llamado pueblo español, con su asombrosa inteligencia natural, su nunca bastante ponderada sabiduría, su nobleza, su sensibilidad, como reconoce Beinhawer. No puede extrañar entonces que una de las características principales del lenguaje coloquial español sea precisamente esta, la riqueza expresiva.

Con una gran variedad de matices finísimos, tanto que es imposible estudiar los valores de

frases, aparentemente semejantes y tan diversas como éstas que van a oír ustedes. No me importa. ¿A mí qué me importa? ¿A mí qué? Me tienes incudado.

No es cosa mía. Yo paso de eso. Para diferenciar tantos matices, como ven ustedes, hay que tener un fino instinto, conocer el contexto, la región, la psicología de un determinado personaje.

Claro que el gesto, la entonación, la multiplicidad de modulaciones de la voz son otros tantos indicios de los que dispone el lenguaje hablado y que son incapaces de dejarse expresar, apresar, por signos gráficos. Bueno, la rapidez es otra de las constantes del español y esto se trasluce en la pequeña vigencia del lenguaje coloquial. Son abundantes, por ejemplo, los cambios psicológicos y, de una manera especial, desde los años 20 a los 50 de nuestro siglo.

Bien es verdad que estos cambios lingüísticos corresponden a enormes transformaciones sociales, económicas, etc., hasta tal punto que se ha llamado al español lengua en ebullición. Apenas aparece una palabra, se la apropia el hablador coloquial y con una rapidez semejante la abandona, la pasada. Algunos años más y ni siquiera se recuerda.

También es rápido el español para captar las más leves alusiones, para darse cuenta de una situación concreta que exigiría de suyo largas explicaciones si se tratase de un pueblo más lento. De ahí la enorme cantidad de elipsis, expresiones irónicas, alusiones, etc. Ponemos un ejemplo.

Hay gente que lo hace desde aquí. Y yo le puedo dar otro poco. Si nos tocan las quinielas.

Además eso. Las quinielas, las que hizo tu madre, 200 millones. A Inglaterra piensa que lleva el pan de caballo como un perro, voy a ir en plan señora.

Lo peor es que hay un museo y esas cosas. Voy yo contigo. Si nos tocan los 200, voy yo.

Aprende también inglés. Y cuando lleguemos, colocáissnos dos igual. Yo bajo la cama.

No, no, si lo vamos a pasar de colocar. Si vienen en plan pasar de colocarnos. Si tienen mucho dinero, ¿para qué se quieren colocar? Nosotros, teniendo 200 millones, se va por la vida en plan de aprender.

Nada de trabajar, en plan de aprender. Con los intereses ya vale. En un momento se soluciona la vida con un papel y un bolígrafo.

Es verdad. Poniendo 14 rayas, se soluciona la vida. 14 rayas que salgan bien.

Pero hay que darse cuenta que él con 5 millones tiene 58 años. Yo con 5 millones tengo 19. Sí, los ejemplos pueden ilustrar muy bien todo lo que llevamos dicho hasta ahora de la rapidez de intelección de los hablantes españoles.

La continua mudanza supone una eliminación de elementos que pronto se quedan viejos y que

hay que sustituirlos por otros. En nuestra época, rica en el uso de los medios de comunicación de masas, se habla tanto que el desgaste inherente a toda palabra se acentúa. En este caso hay que elegir un sustituto para esa palabra.

Las palabras nos ofrecen sus poderes de sugestión que suelen estar relacionados con un juego de asociaciones implícitas y con la equivalencia emocional. Otra característica es la mezcla del ojo coso con lo serio. Un pueblo viejo como el nuestro está inmerso en una cultura en la que se está de vuelta de casi todo.

Esto explica esa mirada del español, mirada de filósofo, que penetra hasta el fondo de las cosas y conoce el secreto de la vida, de ahí la capacidad para descubrir el lado ridículo de las situaciones. El sentido del ridículo es muy acusado en el español y se refleja con claridad en el lenguaje coloquial. Las formaciones léxicas jocosas, juguetonas, son variadas en el lenguaje coloquial.

Se trata de palabras formadas por dos elementos. En cada uno de ellos se repite la base fonológica del otro. Y así, por ejemplo, ringo, rango, el oro y el moro, teje, maneje, y así podríamos decir muchos ejemplos semejantes.

¿Y del refranero popular qué nos podrías decir? La sabiduría popular está presente en el lenguaje coloquial, no podía ser menos. Es una sabiduría natural, espontánea, como el lenguaje popular lo es. La novela picaresca, por ejemplo, no se concibe sin este encantador popularismo.

Hay en el idioma español más de 40.000 proverbios, entre proverbios, refranes, abagios, que se utilizan abundantemente en la conversación, sobre todo entre personas ya de edad y, más concretamente, en algunos territorios. Por ejemplo, Castilla. Castilla es evidentemente refranera.

Tiene esta costumbre, quizá a su raíz en la tendencia didáctico-moralizadora de influencia árabiga y semítica. Leemos a continuación un fragmento de La caza de la perdiz roja, de Miguel Tedives, donde pueden ustedes mismos descubrir estos elementos propios de la sabiduría del pueblo. Esto ya lo sabía yo.

Cuando le comuniqué a la chavala que mañana no podríamos salir porque regresaré tarde del campo, me salió con que estaba harta, que escogiera entre ella o la escopeta. Insistí en que eran cosas distintas, pero ella dijo que se había hecho la idea de ir mañana a la acerve y que iría a la acerve aunque tuviera que alquilar a un acompañante. Me puso negro y ya embalado le dije cuántas son cinco.

Se quedó tan terno y me respondió que aguardaría hasta las siete y que a esa hora se largaría conmigo o sin mí. Ya a Musca le planteé que podía ahorrarse la espera y ella dijo entonces que si no iba yo mañana no fuera tan poco pasado. La dejé plantada con la palabra en la boca.

No es más que una criatura consentida que va siempre con el yo por delante, caiga quien caiga. No me conviene así. Después de todo otras mujeres hay.

Tonto soy en tomarme este sofoco. Si fuese otra cosa la dejaría. Pero Tochano dice que en la aldea chica entran las perdices planeando y son grandotas como gansos.

Hace años que espero una oportunidad así. A ella ya se le pasará y si no se le pasa aquí paz y después gloria. Se encuentra reflejado en ese fragmento el apasionamiento que se revela de un modo vital, profundo, dando a conocer la riqueza emocional del protagonista.

Es el o todo o nada del temblamento apasionado español que en este caso concreto por una pequeña disputa está ya determinada a romper con la novia y asegura sobre la marcha sin reflexión previa. No me conviene. Toda la fuerza emocional del instante queda reflejada en estas pocas líneas.

Esta presencia del alma popular existe en toda conversación aunque los hablantes sean de un nivel más elevado no tienen reparo en usar de su lengua popular y utilizan palabras, frases de indudable cuño popular. La causa principal es su enorme expresividad característica de la que hablaremos más adelante de nuevo. ¿Qué más características tiene el lenguaje coloquial? Otra característica más de las que vamos a estudiar aunque por supuesto hay muchas es tan rico y tan proteico el lenguaje popular que sería inacabable otra es el individualismo.

Es una constante que enriquece el lenguaje coloquial y de modo notable el lenguaje del español. El honor, el honor individual tiene similitud con un verdadero culto nacional. El individuo en España es intangible.

Veamos unos párrafos de historia de una taberna de Díaz Cañabate. En ellos se ve además de esta cualidad que estudiamos ahora un fino humorismo, una chispa producida por la improvisación. El hablante español con frecuencia se deja llevar por impulsos del momento impulsos muy diferentes de signo en cada ocasión debido al carácter desigual, a ese carácter veleidoso cambiante del pueblo español.

Los mangueros de la villa van en parejas uno para abrir las bocas de riego y enchufar la manga y el otro para regar. Este es el maestro. ¿Qué hay, maestro? ¿Está fría el agua? El agua, sabe usted, está siempre de la misma conformidad.

La sentencia es profunda y uno se queda perplejo. Sí, claro, es natural. Yo, sabe usted, hago esto porque vine del pueblo y no tenía trabajo.

Pues lo hace usted muy bien. Acostumbre, señor. ¿Cuántos años lleva de manguero? Diecisiete.

Pero ya ve usted, ni para alpargatas. El agua es muy traicionera. Nueva perplejidad.

Él lo nota y prosigue. El agua hay que saber entenderla. A estas horas no tiene mérito regar.

Lo malo es luego, a la tarde y al anochecer, con tanto tránsito, mojar la calle y no a ninguna persona ni a ningún vehículo. Entonces la cosa tiene su intrínquilis y se gana uno el jornal. Una miseria, sabe usted.

Mucha agua por fuera y poco vino dentro. ¿Quiere usted una copa? ¿Se agradece? Vamos tú, que este caballero nos invita una copa. Y entramos en una taberna recién abierta con la manga y todo.

Los escasos parroquianos nos miran un tanto extrañados. El inevitable gracioso comenta. Más agua, señor Esteban.

Hoy se pone usted las botas. El señor Esteban, el tabernero, sonrío. El manguero, un poco entufado, responde.

El agua me la dejo fuera. Yo sé distinguir. Y yo no ofender.

Son bromas mañaneras, hombre. Ponles una copa de mi parte aquí a los amigos. Es como dice, como se dice en español, el puntillo, la negra honrilla, que no tienen palabras equivalentes en otro idioma porque designan algo privativo de España.

Alti va la actitud del hombre bien vestido, aunque no haya comido. Y así dice Meinhauer, con esa simpatía que siente a todo el español, que solamente puede ser altivo el hombre internamente libre. Una libertad que es compatible con la mayor sujeción externa.

Como hemos dicho hace unos momentos, este carácter de punto honor tiene una contrapartida, la guasa, el poner en ridículo al contrincante. Así se constata por la gran cantidad de giros que tiene el español en que se relaciona la acción de ridicularizar al interlocutor. Enumeramos algunas de estas múltiples expresiones.

Tomarle uno el pelo, chuflarse, guasearse, burlarse, mofarse, pitorrearse, hacer chacota y otras muchas más. Sí, hay expresiones de este campo semántico en otros países, pero no en cantidad, ni con la expresividad que tiene el español. En este aspecto no pueden compararse.

El ridículo atenta contra el honor, contra la dignidad. La expresividad y la afectividad son factores determinantes de cualquier lenguaje coloquial y, de modo más concreto, de aquellas épocas culturales con mayor predominio del sentimiento. El lenguaje está al servicio de la vida social, como es sabido.

Ya Aristóteles descubrió en el lenguaje una lucha entre el instinto de sociabilidad y los instintos individuales. Se trata del conflicto entre el yo y el nosotros. En la expresividad lingüística del lenguaje coloquial se mantienen en conjunción el yo individual y el otro, el alter, que sirve de catalizador para las distintas pasiones, para los distintos estados de ánimo, de tal manera que el lenguaje puede ser, por ejemplo, penetrante, obstinado, incisivo, apasionado, vibrante, suplicante, etc.

Vamos a ver algunos ejemplos. Venga. Esto es un lenguaje enérgico.

¿Quieres venir? Hay un predominio ahí de lo cortés que puede acentuar el grado de cortesía en esta expresión. ¿No quiere usted venir? Dime que vendrás. Aquí está implicado un matiz de

súplica, por ejemplo.

El grado de expresividad del español coloquial se puede constatar por la plurivalencia de una misma expresión, según la entonación, el gesto, el contexto. Y es que la lengua hablada no está desglosada del pueblo que la habla. La mentalidad de un determinado pueblo, sus aspectos fundamentales, suministra la esencia de una determinada lengua, de una lengua concreta.

Por eso hemos hecho unas consideraciones muy someras de las características del pueblo español, costumbres, temperamento, virtudes, defectos. Ofrecemos al alumno unos retazos del lenguaje, de este lenguaje coloquial. ¿Para casi 50.000 pesetas? No.

¿Sí? No, porque son 12 meses. Ya, pero es que es un 10%. Si fueran 12, pues rentaban otras 50.000 pesetas ahí.

En 12 sí puede salir a unas 50.000 pesetas. ¿Y con 50.000 pesetas aquí en Madrid teniendo un piso? Un matrimonio puede vivir, pero... porque tiene que pagar luz, agua y... Cuando tiene 50.000 pesetas cuando ya tiene todo resuelto... Que cuando tiene todo resuelto es más o menos, sí, pero es que es una turilla que es más poquito, ¿no? Y con esto finalizamos nuestro curso de acceso y la programación del día de hoy. Hasta mañana sábado.

Muy buenas noches. Subtítulos realizados por la comunidad de Amara.org